



DURANTE SU ASISTENCIA A LA FERIA DEL LIBRO de Frankfurt, la presidenta Cristina Kirchner erigió como iconos de su país, Argentina, a cuatro personajes: Carlos Gardel, Evita de Perón, el Che Guevara y Diego Armando Maradona. Efectivamente, los cuatro integran hoy el panteón nacional de los mitos populares argentinos, de los cuales tres encarnan las pasiones de ese singular pueblo: el tango, el peronismo y el fútbol. Esta conjunción ya había motivado al sociólogo argentino Juan José Sebreli a emprender una investigación sobre esos cuatro iconos, cuyo resultado –*Comediantes y mártires: ensayo contra los mitos*– obtuvo en el año 2008 el primer premio de ensayo de Casa de América y Editorial Debate. Un jurado integrado por Carlos Monsiváis, Edmundo Paz Soldán, Sol Gallego Díaz, Miguel Barroso y Miguel Aguilar pronunció por unanimidad esta decisión. Por la calidad de esta demolición crítica de mitos populares es que se ofrece el quinto capítulo de esa obra al lector ilustrado de Santander, un ejemplo de las nuevas perspectivas del análisis sociológico latinoamericano que supera las beaterías de la década de los años sesenta del siglo XX, cuando los intelectuales populistas proclamaron que sólo la comunión con la sensibilidad popular permitía percibir la emoción de los mitos populares. A diferencia de la aspiración a la universalidad de las representaciones científicas, los mitos dependen de una comunidad de creyentes que los fundan en los sentimientos particulares ajenos a la racionalidad. Los creyentes en mitos no se arriesgan a analizarlos porque su fe inhibe el uso de su razón, dado que han suspendido su capacidad crítica, pero los políticos profesionales los pervierten al usarlos como instrumentos de movilización de masas. El Che Guevara es un mito político conscientemente elaborado para arrastrar a las masas, cuya efigie canónica recorrió el mundo gracias al editor Giangiacomo Feltrinelli, quien vendió millones de pósters derivados de una imagen tomada por el fotógrafo cubano Alberto Korda el 2 de marzo de 1960. Los jóvenes de clase media de los países del Primer Mundo fueron los que más hicieron por convertir al Che en un icono de la juventud rebelde, cuando durante las décadas de los años sesenta y setenta del siglo XX se impuso la moda cultural revolucionaria. El mayo francés ocurrió un año después de la muerte del Che y, paradójicamente, los estudiantes que prometían luchar contra toda autoridad adoptaron sin reservas el icono de un estalinista que sometía a una rígida disciplina a sus soldados. La fe irracional en los mitos políticos predispone a los regímenes autoritarios y anula en los ciudadanos la conciencia de su libertad y de su propia responsabilidad respecto de la elección de su propia posibilidad de existencia. El autor de este ensayo, nacido en Buenos Aires (1930), es mejor conocido en Colombia por dos de sus obras anteriores: *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* (1964), y *El asedio a la modernidad* (1991). Este capítulo fue originalmente publicado en Buenos Aires, durante el mes de diciembre de 2008, por la Editorial Sudamericana bajo el sello Debate.

Una familia nada convencional, bohemia, desordenada pero al mismo tiempo conflictiva por las desavenencias entre los progenitores y el frecuente abandono del padre, predispusieron a Ernesto Guevara a la rebeldía y a la búsqueda de la autoridad y el orden, contradicción que marcaría luego su trayectoria política.

Los permanentes cambios de lugar de residencia, los hogares pasajeros, a veces hoteles, debidos al asma y los avatares económicos del padre, lo predispusieron a la vida errabunda, a la falta de arraigo a un sitio fijo, al, según Baudelaire, “horror al domicilio”.

Desde su temprana juventud, Ernesto sintió la necesidad de abandonar la casa familiar, la ciudad, el país natal para irse por los caminos a recorrer el mundo. En su pasión por los viajes se fusionaban el atractivo por lo lejano y distinto, por lo desconocido y, a la vez, el deseo de huir de lo que dejaba atrás. “Lo único que hice fue huir de todo lo que me molestaba”. ¿Qué le molestaba? No era el peronismo dada su indiferencia por la política, quizá fuera la situación familiar.

En una carta juvenil a su madre, escribía premonitoriamente: “África por las aventuras y después se terminó el mundo”. Ya errando por la Patagonia en 1952 confirmaba esta tendencia:

Ahora sé casi con una fatalista conformidad que mi sino es viajar. [...] Comprendemos que nuestra vocación es andar eternamente por los caminos y los mares del mundo. Siempre curiosos. Olfateando todos los rincones, pero siempre tenues, sin clavar nuestras raíces en tierra alguna.

En uno de sus poemas tempranos escribía: “Ya me voy por caminos más largos que el recuerdo/con la hermética soledad del peregrino”. A la aventura geográfica sucedería la revolucionaria, pero aquella nunca sería abandonada y, por ambos impulsos, cumplió su sueño juvenil de llegar a África. Parte de su infancia transcurrió en la selva de Misiones, región cercana a la que habría de morir. Las sierras de Córdoba, donde pasó parte de su adolescencia, y las temporadas de vacaciones en las estancias de los abuelos, lo habituaron a los paisajes agrestes; en las ciudades se sentía un extraño.

Su fervor por la aventura se unía al no menos intenso por la lectura. La incipiente ideología antiimperialista se nutrió, más que de las, hasta entonces, muy ligeras lecturas de izquierda, del escritor nacionalista italiano Emilio Salgari y su personaje Sandokán, el pirata de la Malasia que luchaba, a su manera, contra los colonialistas anglosajones. Su ídolo, Sandokán, le transmitió a ese niño enfermizo el atractivo de la vida aventu-

Su fervor por la aventura se unía al no menos intenso por la lectura. La incipiente ideología antiimperialista se nutrió, más que de las, hasta entonces, muy ligeras lecturas de izquierda, del escritor nacionalista italiano Emilio Salgari y su personaje Sandokán, el pirata de la Malasia que luchaba, a su manera, contra los colonialistas anglosajones.

ra, el peligro de la jungla salvaje y la acción al aire libre. El pirata, descendiente como él de una aristocracia decadente, representó también el primer modelo infantil del bandido, ejemplo de rebelde primitivo. Asimismo tenían en común algunos rasgos personales: Sandokán y él eran melancólicos, predispuestos tanto a ser generosos como crueles.

La atracción por la aventura y por los paisajes desérticos provino también de la lectura juvenil de Jack London, autor muy leído por su generación. Le había impresionado hasta tal punto que, en un momento de grave peligro, acudió a su memoria una novela de London y se dispuso a morir con dignidad como uno de sus personajes, perdido en el desierto. Con el autor estadounidense compartía, además, la contradicción entre una idea pesimista de los hombres y, a la vez, las aspiraciones a una sociedad igualitaria.

Ya adulto, posiblemente, uno de sus autores preferidos fuera Ernest Hemingway –escritor y hombre de acción venerado en Cuba–, que no diferenciaba mucho la política del deporte y que, como el Che, amaba las armas. A diferencia del Che, Hemingway escribía y participaba a prudente distancia de las batallas. Su oscilación entre la acción revolucionaria y la literatura fue captada por el periodista Carlos Franqui, que lo conoció durante su estancia en México: “Alternaba Stalin con Baudelaire, la poesía con el marxismo”. De haberse decidido por la literatura, habría sido un poeta regular y tal vez un buen narrador, como muestran sus *Diarios*.

Ya adulto, posiblemente, uno de sus autores preferidos fuera Ernest Hemingway –escritor y hombre de acción venerado en Cuba–, que no diferenciaba mucho la política del deporte y que, como el Che, amaba las armas.

La pasión por la lectura no lo abandonaría hasta el final; inusitadamente, lograba aislarse con sus libros en medio de la jungla africana y de la selva boliviana, pero llegó a reconocer en su *Diario del Congo* el carácter evasivo de sus lecturas: “El hecho de retirarme a leer, huyendo de los problemas cotidianos”.

A los veinte años Ernesto Guevara emprendió una larga marcha en motocicleta como deportista trotamundos, visitó pueblos perdidos, escaló montañas y se relacionó fugazmente con vagabundos. Ese merodeo estaba en el aire en los años cincuenta, él era contemporáneo de la *beat generation* estadounidense, con cuyos integrantes quizá se cruzó en algún bar de México. El camino los llevaría, sin embargo, a distintas metas: Jack Kerouac y sus continuadores, los hippies, la encontrarían en la mística oriental; el Che, en la revolución, al fin otra forma de mística.

Los personajes de la novela *beat*, de los *road movies*, los *easy rider*, renovaban el género del relato del vagabundo que se remonta a la picaresca española del siglo XVII. No es casual que la lectura de los *Diarios* juveniles le haya recordado a Pierre Kalfon “los mejores relatos de la picaresca española”.

*Don Quijote* es, a su manera, también una novela del camino y el Che solía identificarse con el personaje. En una carta a sus padres decía: “Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante, vuelvo al camino con mi adarga al brazo”. ¿No advertía acaso que compararse al Quijote era elegir el camino de la quimera que lo llevaría al fracaso?

La ruta moderna actualizaba el camino en su dimensión simbólica de viaje iniciático, a la manera de las novelas de formación del siglo XVIII. Para los jóvenes de los años cincuenta y sesenta significaba la fascinación de lo lejano, la libertad, la plenitud de las posibilidades, la prueba del coraje, la fuga del hogar, del trabajo y de la rutina cotidiana, aunque mostraba también su cara oscura: la soledad, el tedio del paisaje desértico.



¿Cómo se transformó esa persona común en una imagen que electrizaría a multitudes? Una fotografía fue la clave; la tomó imprevistamente el fotógrafo cubano Alberto Korda, comisionado por la revista *Revolución* para documentar la manifestación en la plaza de La Habana del 2 de marzo de 1960, en repudio al atentado contra un barco cargado de armas.

co, el cansancio, las oportunidades perdidas, el peligro y, en muchos casos, la muerte.

Ya en plena madurez, escribía a su madre: “Soy siempre el mismo solitario que era buscando mi camino” (1959). Había en él una compulsión tan notoria de desarraigo, exilio, destierro, que tampoco encontró en Cuba su lugar definitivo y volvió a los caminos, hasta perderse en ellos para siempre. Todos eran momentos, altos en un trayecto; tal vez por eso a sus diarios de Sierra Maestra o del Congo los tituló “Pasajes”.

En la última carta al padre, casi un testamento, después de identificarse, una vez más, con el Quijote, reconocía su calidad de aventurero: “Muchos juzgarán que soy un aventurero y lo soy”, y pedía que lo recordaran como un “condotiero del siglo XX”.

La aventura como categoría política opuesta a la militancia fue analizada por Jean-Paul Sartre y Roger Stéphane en *Retrato del aventurero*; sus conclusiones sirven para comprender la enigmática personalidad del Che, que vivió la revolución en el desenfreno de la aventura, ajeno a la reflexión de la militancia política.

Los aventureros suelen ser escritores que utilizan sus vivencias como materia prima de sus obras: lord Byron y la revolución italiana o la emancipación de Grecia; Thomas Edward Lawrence y la guerra de los árabes; André Malraux y la guerra civil española o la Segunda Guerra Mundial. El Che puede agregarse a esta nómina. Aunque no tuvo tiempo para ser un escritor cabal, fue un ávido lector, ocasionalmente escribía poemas y cuentos y, sin descanso, un diario personal desde sus primeros viajes juveniles hasta sus dramáticas aventuras africana y boliviana. Sentía necesidad de escribir lo que vivía, tal vez de vivir lo que merecía ser escrito. Los aventureros aspiran con frecuencia a hacer de su aventura una obra de arte; hay un vínculo estrecho –según Georg Simmel– entre el aventurero y el artista, porque ambos trascienden la realidad cotidiana.

Para el aventurero –así lo reconocía uno de ellos, Thomas Edward Lawrence, en su obra autobiográfica *Los siete pilares de la sabiduría* (1926)–, la llamada del desierto ha sido siempre irresistible, porque en esa soledad era posible escuchar la voz interior. El desierto del Che fue el camino; después, la sierra cubana o las selvas africana y boliviana.

En el impulso a la aventura hay siempre un desajuste con el medio donde se vive; en el Che pueden rastrearse razones subjetivas confundidas con los fines objetivos y una combinación de circunstancias particulares: su pertenencia a un sector social marginal –pariente pobre de la oligarquía–, una familia caótica, conflictivas relaciones con el padre de quien heredaría, sin embargo, la vocación por los emprendimientos fabulosos destinados al fracaso. Se sumaban un noviazgo con María del Carmen Ferreira, frustrado por prejuicios sociales de su familia –aristocracia cordobesa– y de ella misma. El desprecio a la sociedad organizada era anterior en él a su repudio por el sistema capitalista.

El asma lo aisló y lo convirtió en un ser diferente, lo puso en contacto cotidiano con la muerte despreocupándolo del peligro y, a la vez, lo acorazó con una voluntad férrea para doblegar las debilidades del cuerpo. El asma, como el brazo lisiado del káiser, según Sartre, no fue “solamente un defecto fisiológico sino una situación significativa”.

Otra de sus características de aventurero era mantenerse apartado de los individuos con los que se relacionaba. Aun cuando la experiencia revolucionaria implicaba una forma vehemente de comunicación con los demás, siempre hubo una distancia, una valla insalvable entre él y aquellos que quería liberar. No arraigó ni siquiera entre los cubanos. Entre él y sus compañeros de combate había siempre una separación: en la comunidad cerrada del grupo guerrillero en medio de la selva, él leía aislado novelas inglesas y france-

sas. Él mismo confesaba: “Tendía a alejarme del contacto con los hombres, sin contar con que hay ciertos aspectos de mi carácter que no hacen fácil intimar”. Su relato de vida sobre algunos contactos humanos intensos revela que éstos fueron relaciones fugaces en efímeros encuentros con vagabundos del camino durante su primer viaje iniciático. El linyera con quien casualmente compartió una noche en Chuquisaca lo hizo sentir “más próximo de esa especie humana tan extraña para mí”, tal vez porque sabía que nunca lo volvería a ver.

A diferencia del político que subordina su personalidad a la causa, el aventurero toma la causa a la que se adhiere como un medio para justificar su existencia, expresar su personalidad, vivir más intensamente, forjar su propio mito. Lawrence hablaba de la “elección voluntaria del mal ajeno para perfeccionar el propio yo”. Esta definición se adecua igualmente para calificar al santo y al héroe como una clase especial de aventurero. Una batalla era para el Che el equivalente de un ejercicio espiritual para acceder al “cielo” de la Revolución. Ni siquiera le faltaba el ascetismo y, en sus últimos días en la selva boliviana, el cilicio flagelante, la aceptación del dolor y la degradación física. En ese sentido puede decirse que él fue, a la vez, un aventurero, un santo y un héroe, pero no un político. Él mismo alertaba en la conferencia de Punta del Este en 1961: “Soy un combatiente, no soy ni seré un político”.

Los informantes de la CIA solían estar cegados por el sectarismo ideológico, pero algunas veces se trataba de mentes perspicaces para captar las personalidades que acechaban; así, un documento de 1958 precisaba con certeza:

Es un aventurero, no un político profesional. [...] Ha estado buscando siempre algo con que darle sentido y significación a su vida y por el momento la ha encontrado en Castro, no Castro el político sino Castro el

perseguido, un Castro luchando contra la tiranía.

Su formación ideológica de juventud se reducía a apresuradas lecturas de Aníbal Ponce y su antinorteamericanismo lo abrevó en *Ariel*, del uruguayo José Enrique Rodó, lectura obligada de aquellos años. Un diluido humanismo de izquierda provenía igualmente de la tradición familiar: su tío Policho, el crítico de arte Cayetano Córdova Iturburu, era comunista y había sido corresponsal en la guerra civil española. Sin embargo, el joven Guevara no participó de la agitación estudiantil a pesar de la efervescencia de esos años, y ni siquiera estaba afiliado al centro de estudiantes. Lo acercó a la izquierda la influencia de una compañera de estudios, Tita Infante –integrante de la Juventud Comunista–, pero no consiguió su adhesión, hecho sintomático que muestra su poca afición por la militancia política.

Su héroe juvenil no fue, como en tantos jóvenes de su generación, ni Marx ni Lenin sino Gandhi, representante del pacifismo y la no violencia, valores diametralmente opuestos a los que luego él encarnaría.

Su adolescencia y primera juventud fue la de un niño bien; frecuentaba los grupos de chicos ricos que eran sus familiares y amigos. En tanto que pariente pobre disfrutaba de muchas de las ventajas de sus familiares adinerados: vacaciones en la estancia de algún abuelo, entrada en clubes exclusivos –como el Lawn Tennis de Córdoba o el San Isidro Club, dirigido por su tío–, invitaciones a fiestas exclusivas, partidas de bridge, práctica de deportes –tenis, golf, esgrima, equitación– privativos de la clase alta. En esa despreocupada vida entre paseos, juegos, bailes, noviazgos castos y sexo con sirvientas, el Che sólo se destacaba de los otros niños bien por sus salidas sarcásticas, por el escándalo que provocaba su suciedad y desaliño bohemio, su manera de espantar a los burgueses. Al no poder ser un príncipe, le



56

quedaba jugar al mendigo romántico, quizá al poeta maldito.

También destacaba por su empeñamiento en empresas para las que no estaba capacitado. Su obstinación juvenil por jugar al rugby cuando su asma era un obstáculo –por supuesto, nunca fue un buen jugador– prefiguraba las empresas locas de su vida adulta: ministro de Industria y director de banco sin la formación adecuada o aventuras guerrilleras improvisadas. No poseía sentido de los límites, y por haber estado enfrentado con la muerte desde niño, no temía al peligro.

Se decidió, de pronto, a la acción política cuando surgió, por mero azar, la oportunidad de intervenir en la excitante aventura de una revolución. Lo impulsó, más que los principios, la necesidad imperiosa de hacer algo, de estar en el centro del remolino. La política era demasiado gris y monótona para atraer a ese joven romántico, fascinado, en cambio, por la turbulencia de la guerra revolucionaria.

#### EL AMOR POR LA GUERRA

El aventurero de los caminos experimentó un verdadero descubrimiento cuando, en Guatemala, entró por primera vez en contacto con la acción violenta. El aventurero pasivo se transformó en aventurero activo. Al Che le interesaba la acción sin preocuparse demasiado por llevar a buen fin sus convicciones. Se podría suponer que la acción en sí

misma hubiera justificado en circunstancias diferentes cualquier tipo de valores, una ideología de otro signo. Sus declaraciones de amor por la violencia guerrera databan de su juventud; así, en *Notas al margen* (1952) escribió párrafos apocalípticos con una notable inclinación por la violencia:

Veo dibujada en la noche que yo, el ecléctico disector de doctrinas y psicoanalista de dogmas, aullando como poseído, asaltaré las barricadas o trincheras, teñiré en sangre mi arma y, loco de furia, degollaré a cuanto vencido caiga entre mis manos. [...] Ya siento mis narices dilatadas, saboreando el acre olor a pólvora y sangre de la muerte enemiga.

Su fascinación por la guerra y la violencia la descubrió con la emoción de su primera experiencia bélica durante el bombardeo de la ciudad de Guatemala. “Me divertí como un mono durante los días del bombardeo –le escribió a su madre–. El bombardeo más leve tiene su grandeza.” Si en Guatemala fue sólo un espectador, en Sierra Maestra experimentó el novedoso placer de matar en combate:

Todos esperábamos el combate como una liberación, [...] todo el mundo ansia ya de una vez la llegada de ese momento estelar de la guerra que es el combate. Lo que lleva al paroxismo de la alegría es el combate, clímax de la vida guerrillera.

En una carta a Ernesto Sábato del 12 de abril de 1960, también manifestaba su amor por la guerra:

La guerra nos revolucionó. No hay experiencia más profunda para un revolucionario que el acto de guerra; no el hecho aislado de matar ni el portar un fusil o el establecer una lucha de tal o cual tipo, es el total del hecho guerrero.

Conversando con Pablo Neruda, le dijo: “La guerra... la guerra... siempre estamos contra la guerra, pero cuando la hemos hecho no podemos vivir sin la guerra. En todo instante queremos volver a ella”.

Esos escritos recuerdan el esteticismo guerrero de las novelas de Ernst Jünger o del *Diario* de Drieu La Rochelle, otros artistas aventureros, con quienes probablemente, de haberlos leído, a pesar de las diferencias ideológicas, se hubiera sentido identificado. La embriaguez por el olor a pólvora, por las armas, por los uniformes y el combate lo acercaban a aquellos intelectuales fascistas. La reducción de los hombres a amigos y enemigos respondía, por otra parte, al modelo nacionalsocialista de Carl Schmitt.

A los cinco años su padre le enseñó a tirar al blanco; desde entonces el revólver sería su juguete preferido. La sola visión de las armas le provocaba verdadero éxtasis:

A la noche llegaron las armas para nosotros, era el espectáculo más maravilloso del mundo; estaban como en exposición ante los ojos codiciosos de todos los combatientes, los instrumentos de muerte.

Cuando en la retirada de un combate debía elegir entre salvar los medicamentos o las municiones, optaba por éstas; mostraba así que prefería la muerte a la vida.

Esta desmedida pasión por las armas se infiltraba incluso en una carta de amor a Aleida March donde decía recordarla “bajo la renovada caricia de las balas”.

El propio Fidel, calculador hasta en la guerra, se quejaba de la excesiva beligerancia del Che: “Como guerrillero tenía un talón de Aquiles, su excesiva agresividad, su absoluto desprecio del peligro”.

El primer asesinato por mano propia que cometió en Sierra Maestra fue el de un campesino, supuesto traidor. Ante la vacilación de los demás, él mismo empuñó el arma con toda frialdad. En su *Diario*, convirtió la ejecución, según comentaba Pierre Kalfon, en una “escena de ópera wagneriana”. Fidel, testigo presencial, advirtió que era la persona indicada para las ejecuciones tanto de compañeros como de enemigos. Mató en Sierra Maestra a catorce personas y en Santa Clara, donde comandaba un batallón, las ejecuciones fueron veintitrés. El 18 de enero de 1957 escribía a su mujer: “Estoy en la manigua cubana, vivo... y sediento de sangre”.

No trepidó en narrar con frialdad en su *Diario* el asesinato de un desertor de las tropas a su cargo:

Reuní a toda la tropa [...] explicándole a nuestra guerrilla lo que iba a ver y lo que significaba aquello, por qué se castigaría con la muerte la desertión y el porqué de la condena contra todo aquel que traicionara la revolución. Pasamos en fila india en riguroso silencio, muchos de los compañeros todavía consternados ante el primer ejemplo de la muerte junto al cadáver de aquel hombre que trató de abandonar su puesto.

El primer asesinato por mano propia que cometió en Sierra Maestra fue el de un campesino, supuesto traidor. Ante la vacilación de los demás, él mismo empuñó el arma con toda frialdad. En su *Diario*, convirtió la ejecución, según comentaba Pierre Kalfon, en una “escena de ópera wagneriana”.



Después del triunfo de la revolución cubana fue el encargado de los fusilamientos en masa, tras juicios sumarios celebrados sin el menor procedimiento legal por los tribunales revolucionarios instalados en la fortaleza La Cabaña. no todos habían sido esbirros de Batista, entre ellos había algunos campesinos.

58

Las ideas del bien y el mal eran traducidas en su pensamiento en coraje y cobardía; así, trataba a sus propios compañeros con toda crueldad y los humillaba si caían en la selva vencidos por el hambre, la sed, la fatiga y las enfermedades; no había piedad para el débil.

Después del triunfo de la revolución cubana fue el encargado de los fusilamientos en masa, tras juicios sumarios celebrados sin el menor procedimiento legal por los tribunales revolucionarios instalados en la fortaleza La Cabaña. Los muertos llegaron a ciento sesenta y cuatro; no todos habían sido esbirros de Batista, entre ellos había algunos campesinos.

Tenía su justificación para ese procedimiento: “Tenemos que crear la pedagogía de los pardones del fusilamiento y no necesitamos pruebas para matar a un hombre” (1959). En la Asamblea de la ONU proclamaba: “Sí, nosotros hemos fusilado, nosotros fusilamos y seguiremos fusilando hasta cuando sea necesario”. “Paredón, paredón”, fue el estribillo coreado por todos los guevaristas.

Su crueldad –según testimonio del sacerdote Bustos Argañaraz– llegaba hasta el punto de obligar a los familiares que iban a recoger los cadáveres de los fusilados a pasar por el famoso “paredón” manchado con la sangre fresca de las víctimas. Carnicero de La Cabaña, lo llamaban los adversarios; sa-

domasoquista, diagnosticaba un psicólogo; ángel exterminador, metaforizaba Régis Debray; asesino serial, acusaba Óscar del Barco, guevarista arrepentido.

El grado de entusiasmo demostrado durante la crisis de los misiles (1962) ante la posibilidad de una guerra atómica inminente mostraba su fervor belicista y su indiferencia por el destino del pueblo cubano, que podía ser aniquilado. Se dice que había querido dispararles a los aviones estadounidenses durante la crisis, como una incitación a la guerra. Su anhelo apocalíptico de una guerra mundial atómica no dejaba dudas cuando escribía:

Es el ejemplo escalofriante de un pueblo que está dispuesto a inmolarse atómicamente para que sus cenizas sirvan de cimiento a sociedades nuevas y que cuando se hace, sin consultarlo, un pacto por el cual se retiran cohetes atómicos, no suspira de alivio, no da gracias por la tregua; salta a la palestra para dar su voz propia y única, su posición combatiente, propia y única, y más lejos, su decisión de luchar aunque fuera solo.

La incitación a la violencia y la transformación del odio en virtud revolucionaria aparecía nítida en el mensaje ante el Congreso de la Tricontinental del 16 de abril de 1967:

Es preciso, por encima de todo, mantener vivo nuestro odio y alimentarlo hasta el paroxismo, [...] el odio como elemento de lucha, un odio implacable al enemigo que nos impulsa más allá de las limitaciones naturales propias del hombre y lo transforma en una máquina de matar efectiva, seductora y fría. Así deben ser nuestros soldados, un pueblo sin odio no puede vencer a un enemigo brutal.

Estas páginas, así como su consigna –“Uno, dos, muchos Vietnams”–, revelaban, sin rodeos, sus ansias de aniqui-

lamiento, su deseo de que el mundo entero ardiera en una guerra atómica, aunque la humanidad sucumbiera y él fuera el único dispuesto a inmolarse.

### FIDEL Y EL CHE

Las relaciones entre Fidel y el Che, como las de tantos otros dúos célebres, fueron conflictivas y, en muchos aspectos, aún no del todo conocidas. Es indudable que el Che sin Fidel hubiera podido encarar muchas actividades menos la de guerrillero. Las cartas de 1955 muestran su incertidumbre sobre su destino: en una de ellas, escrita quince días antes de conocer a Fidel, proyectaba irse a vivir a París con su madre y conseguir una beca para estudiar. Decía que este viaje “para mí es una necesidad biológica”. En otra, reafirmaba ese proyecto: “Mi norte inmediato es Europa y el mediano Asia. ¿Cómo? Ése es otro cantar”. En las cartas escritas a sus familiares y amigos durante los dos años pasados en México hay ciento sesenta y una referencias a viajes posibles o hipotéticos. Fue el momento crucial de su vida: “Mis actividades futuras son un misterio hasta para mí mismo”.

Los acontecimientos en Guatemala –con un conato de guerra civil abortada– lo demoraron porque creyó que la invasión de Guatemala era una versión modesta de la guerra española de la que tanto había oído hablar a su tío Poliche. Sin embargo, no participó en esos acontecimientos. No sólo porque era un extranjero sin contactos, sino además porque no estaba del todo decidido a la acción, como reconocería:

No me decido a tomar la actitud decidida que hace mucho debía haber tomado porque en el fondo (y en la superficie) soy un vago rematado, [...] ni siquiera sé si seré un actor o un espectador interesado en la acción.

El periodista Carlos Franqui, que entrevistó a Fidel en México, conoció al Che,



de quien hizo un vívido retrato: “Guevara tenía entonces un aire bohemio, un humor suficiente, provocador y argentino, andaba sin camisa, era algo narcisista [...] con su pipa y su mate”. Este personaje conocería a Fidel en México el 8 de julio de 1955; el histórico encuentro quedó registrado en su *Diario*: “Un acontecimiento político es haber conocido a Fidel Castro”. Su admiración por Fidel dio origen a un poema laudatorio donde lo llamaba “ardiente profeta de la aurora”.

Fidel estaba lejos en esa época de ser comunista. No era más que un nacionalista de izquierda; el Che lo definía acertadamente como un “nacional-revolucionario” y “líder de la burguesía de izquierda”. Fidel era hijo de un rico terrateniente, educado por los jesuitas, y llevaba al cuello una medalla de la Virgen del Cobre. Contrastaba con Fulgencio Batista, un mulato descendiente de humildes campesinos que permitía a los comunistas controlar algunos sindicatos. Esta complejidad de la sociedad cubana vuelve impropia la explicación de la revolución castrista desde el punto de vista estrictamente clasista del “marxismo-leninismo” como se pretendería hacer años después.

El Che conocería a Fidel en México el 8 de julio de 1955; el histórico encuentro quedó registrado en su *Diario*: “Un acontecimiento político es haber conocido a Fidel Castro”.

Las previas ideas comunistas de Guevara y el haber incitado a Fidel a la ruptura con Estados Unidos y al acercamiento a la Unión Soviética dio pie al mito del Che como cerebro y Fidel como corazón de la revolución, sostenido por muchos guevaristas y también por los norteamericanos. El último de sus embajadores en Cuba, Phillip Bonsan, informaba en un cable secreto: “Guevara es el verdadero gobernante en este momento, aunque no podría gobernar mucho tiempo sin Fidel”.

La prensa estadounidense se hizo eco de la interpretación de Bonsan. Tad Szulc, en *The New York Times*, lo llamaba “el poder de las sombras detrás de Castro”; Sondern, en el *Reader's Digest*, hablaba del “hombre siniestro detrás de Castro”; en la *US World and News Report* señalaban al “dictador rojo detrás de Castro”. Un periodista de la revista *Time* dejó una semblanza sugestiva, aunque no del todo cierta:

Él es el responsable esencial del giro a la izquierda efectuado por Cuba. [...] Es el elemento más fascinante y más peligroso del triunvirato. Mientras luce una sonrisa de dulce melancolía que muchas mujeres encuentran arrebatadora, el Che dirige Cuba con frío cálculo, enorme capacidad, gran inteligencia y agudo sentido del humor.

Sin embargo, el carisma era de Fidel y no del Che, como él mismo reconocía:

Uno hace lo que puede con sus desventajas, soy argentino, estoy como perdido entre los tropicales. Me resulta difícil abrirme y no tengo las mismas dotes que Fidel para comunicarme. Me queda el silencio. Todo jefe tiene que ser un mito para sus hombres.

La oratoria de Fidel, en un estilo coloquial como si estuviera dirigiéndose a cada uno de sus oyentes, era cautivante; no así la del Che, discursiva, monocorde, ampu-losa, que parecía copiada del amaneramiento

de su admirado Pablo Neruda cuando recitaba sus poemas. Además, su tonada indefinida, mezcla del habla porteña, cubana y mexicana, dificultaba su identificación con el público.

Se equivocaba, sin embargo, cuando en “El socialismo y el hombre en Cuba” confundía los largos monólogos de Fidel en la plaza con un diálogo apasionado con las masas. No advertía que las preguntas retóricas que hacía el orador al público eran un recurso usado por los grandes demagogos como Mussolini –Alberto Moravia observó esa semejanza– y el propio Perón, y que esos rituales multitudinarios fueron característicos de todo régimen totalitario cualquiera que fuera su signo.

El concepto de amistad entre dos hombres obsesionados por la revolución y el poder era relativo. El Che decía: “Yo no tuve amigos sino camaradas [...] y siempre que defendí a alguien en aprietos fue porque tenía razón y no a causa de la amistad”.

Tanto el Che como Fidel, machistas y misóginos, han sido reticentes para expresar sus sentimientos amorosos y existe un código no escrito del castrismo que ordena no referirse a esos temas en las biografías oficiales. Las mujeres, como en toda sociedad espartana, ocupaban en Cuba un rango inferior. El Che no dio gran importancia a sus varios amores, nunca hablaba de ellos, informó a sus padres a la ligera de su primer casamiento y solía terminar de forma abrupta sus vínculos con mujeres. Con Aleida March la relación fue duradera, pero se veían muy poco a causa de sus frecuentes y largos viajes a los que se negó a llevarla a pesar de los pedidos de ella, y a sus hijos casi no los veía. En una conversación con Nasser llegó a confesarle: “Yo he roto dos matrimonios”. Cuando ya estaba casado por segunda vez y tenía varios hijos escribía a su madre desde la India: “No tengo casa, ni mujer ni hijos, ni padres ni hermanos, mis amigos son amigos mientras piensen políticamente como yo”. Tal vez el único lazo afectivo de su vida fuera

Celia, su madre. Su más temprana idea sobre la relatividad del amor aparecía en una carta a su novia Chinchilla Ferreira: “No puedo sacrificar mi libertad interior por vos y yo soy lo más importante que hay en el mundo”.

Por supuesto, esta distancia afectiva no fue reconocida por Aleida March en su autobiografía oficial ni por sus hijos, todos ellos funcionarios de la dictadura castrista. En contraste, la hija que tuvo con Hilda Gadea terminó alcohólica y deprimida por la marginación a la que la sometió la otra familia de su padre, y un hijo natural no reconocido estuvo prisionero en un campo de concentración castrista.

Fidel no era hombre que se dejara influir por nadie, ni siquiera por el Che, a quien respetaba por su coraje y capacidad de trabajo más que por su pensamiento. Era un político pragmático y le interesaban poco las ideas, incluso las comunistas. El afecto y la admiración entre ambos líderes fueron sin duda recíprocos, pero ambos personajes eran demasiado narcisistas como para soportar a su lado a alguien que le hiciera sombra; el Che sólo podría lograr un verdadero protagonismo fuera de Cuba e intentando hacer su propia revolución.

Los caminos de los dos dirigentes comenzaron a bifurcarse desde el momento en que se acabó la fiesta revolucionaria y se sintieron los primeros síntomas de la crisis económica, provocada, en parte, por la ineficiente administración del Che como director del Banco Central y ministro de Industria. Fidel comenzó entonces a escuchar voces divergentes a la del Che, como el economista Charles Bettelheim.

Los delirios revolucionarios a destiempo del Che y las distintas posiciones frente a la Unión Soviética fueron otros puntos clave en la divergencia. La crisis de los misiles –Jruschov mostró al mundo, con todo cinismo, que Fidel era un personaje subalterno a quien ni siquiera había que consultar– supuso una división más profunda. Fidel, como político realista, quería sobre-

vivir y comprendió que después de haber cometido la locura de romper con Estados Unidos no podía agregar la locura de romper también con la Unión Soviética, como hubiera querido el Che. Por otra parte, el colapso económico cubano no tenía otra salida que la ayuda de los rusos. Ante los malos tratos de éstos, Fidel no sufrió el desengaño porque nunca hubo en él una auténtica pasión por el comunismo. El Che, en cambio, que había adorado a la Unión Soviética, reaccionaba como un amante despechado y reprobaba, aunque en silencio, la actitud de Fidel.

Un hombre tan conflictivo para las dos mayores potencias del mundo era un estorbo para Fidel, que trató de desembarazarse de él pero, a la vez, no quería desaprovechar su inmensa popularidad. La salida momentánea era enviarlo en misión diplomática a recorrer el mundo y trabar relaciones con los líderes del Tercer Mundo. Nasser, Nehru o Sukarno, políticos realistas, no se entusiasmaron demasiado con el febril propagandista de la revolución.

Fuera de Cuba, se volvió también un peligro porque proclamaba a los cuatro vientos sus disidencias con la Unión Soviética. La ruptura no tardó en producirse y el desencadenante fue su discurso de Argel en 1965, donde sostuvo que las relaciones internacionales de la Unión Soviética no estaban orientadas por la solidaridad socialista sino por los intereses económicos, y por lo tanto eran similares a las de los países capitalistas. Cuando regresó a La Habana, tuvo una agria discusión con Fidel y Raúl donde quedaron claras las posiciones divergentes con respecto a la Unión Soviética. Raúl lo acusó de trotskista y promaoísta.

Por otra parte, hacía ya tiempo que los burócratas del régimen, la *nomenklatura*, tanto sus iguales como sus subordinados, estaban cansados de él por su intolerancia y sus exigencias de pureza y rigor, su obsesión por “conseguir que la gestión administrativa se convirtiera en un perfecto mecanismo de relojería”. Él, a su vez, despreciaba a los fun-

Fidel sabía que la aventura boliviana era un suicidio, pero no hizo nada por disuadirlo y aún lo ayudó un poco, lo suficiente como para que se fuera pero no lo necesario para la victoria. Aunque ya había abandonado su ilusión de “exportar” la revolución, sin embargo no desalentó al Che.

62

cionarios, y así lo dijo en una conversación con Nasser: “Después de la revolución, no son ya los revolucionarios quienes hacen el trabajo sino los tecnócratas, los burócratas, y ellos son contrarrevolucionarios”.

El Che se había aburrido de las tareas burocráticas y comenzó a soñar con la revolución “propia”, de ahí la apresurada aventura del Congo. Sus reflexiones sobre este conflictivo período de su vida las debió de escribir, dada su afición de seguir un *Diario* día a día, pero es imposible conocerlas porque los “cuadernos de Praga” nunca aparecieron y del *Diario del Congo* sólo se publicaron fragmentos, seguramente muy corregidos. Investigadores como Kalfon y Lee Anderson, que pudieron cotejar algunos fragmentos originales con lo publicado, advirtieron que habían sido expurgados y corregidos. Mientras exista la dictadura castrista, los archivos completos del Che permanecerán secretos.

Una escapatoria del laberinto en que se había perdido era la fuga hacia el Congo, alentada por Fidel que, no sin ironía, le decía al embajador soviético: “Se fue para el África. El Che piensa que el África es una tierra de nadie donde ni Europa ni la Unión Soviética ni Estados Unidos tienen hegemonía”. Era el único lugar donde él, perseguido por todos, podía actuar.

Una prueba de que Fidel había decidido separarse para siempre de su com-

pañero fue la lectura pública de la carta de despedida al pueblo cubano, mientras aquél estaba en el Congo. De ese modo le cerró toda posibilidad de retorno a Cuba. “Esta carta sólo debía ser leída después de mi muerte. No es divertido que te entierren en vida”, se lamentaba el Che al escuchar por radio desde el Congo la lectura de Fidel, y agregaba: “Intencionalmente o no, me desapareció del ámbito internacional”.

Con esa maniobra política de Fidel, la suerte del Che estaba echada. Sólo retornó fugazmente a Cuba en el mayor anonimato, de paso para Bolivia. Fidel sabía que la aventura boliviana era un suicidio, pero no hizo nada por disuadirlo y aún lo ayudó un poco, lo suficiente como para que se fuera pero no lo necesario para la victoria. Aunque ya había abandonado su ilusión de “exportar” la revolución, sin embargo no desalentó al Che. En un doble juego muy hábil complacía a la izquierda ortodoxa local e internacional sacándolo de Cuba y, al mismo tiempo, aparentaba ayudarlo para no perder la adhesión de la nueva izquierda no estalinista que lo idealizaba. No rompía, de ese modo, su vieja amistad, pero, como buen político, sacaba ventaja hasta de un sentimiento auténtico; combinaba una maniobra política maquiavélica con sus sentimientos ambivalentes hacia el Che. Tal vez Jorge Castañeda haya desentrañado con lucidez el enigma del comportamiento de Fidel:

Pensar que Fidel Castro no era capaz de un cálculo de tal frialdad y cinismo es desconocer los métodos que le han asegurado su permanencia en el poder. [...] Fidel no mandó al Che a morir a Bolivia, tampoco lo traicionó ni lo sacrificó; sencillamente permitió que la historia corriera su curso, con plena conciencia del destino al que conducía. No hizo, dejó hacer.

El Che quedó completamente abandonado en la selva, sin la ayuda de Fidel, que no le envió hombres, armas ni pertre-

chos, y que no intentó siquiera una operación de rescate cuando ya todo estaba perdido.

Muerto el hombre que le creaba dificultades políticas a Fidel y, además, el único que podía empañar su carisma, el fantasma del guerrillero muerto volvió a ser útil a los intereses castristas y se montó en La Habana una espectacular puesta en escena con el mito del héroe mártir que perdura hasta nuestros días.

### EL MARXISMO DEL CHE

En su período porteño, el joven Guevara se mantuvo ausente de las discusiones políticas de los estudiantes, así como de la bohemia literaria de los cafés de las calles Corrientes o Viamonte de los años cuarenta. Fue una carencia en la evolución de su pensamiento, ya que permaneció ajeno a los debates en torno al marxismo, al surgimiento de una nueva izquierda no estalinista, a la crítica del marxismo dogmático desde un Marx dialéctico y hegeliano redescubierto desde diversos ángulos por Lukács, Gramsci, Sartre, Merleau-Ponty y la escuela de Frankfurt. Al margen de ese ambiente, reflejo porteño de la intelectualidad europea, quedó rezagado en la izquierda tradicional, ya obsoleta de su familia, del tío Policho y luego reforzada por el comunismo anacrónico de los centroamericanos que frecuentó en Guatemala y México. Recién en la lista de sus últimas lecturas aparecieron algunos de los nuevos autores, pero ya era demasiado tarde.

Se adhirió al comunismo ortodoxo por influencia de su primera mujer, Hilda Gadea, y de un grupo de exiliados que conoció en Guatemala un año antes de encontrar a Fidel. En 1955 conoció en México a Raúl Castro, que había pertenecido a las Juventudes Comunistas, y como tal había viajado a los países del Este. Se hicieron amigos por compartir las mismas ideas. Mucho después, en un viaje por Egipto, le dijo a Nasser que él había iniciado a Raúl en el comunismo.

Fidel, en cambio, nunca se interesó por el marxismo. Él mismo confesó que



El Che adhirió al comunismo ortodoxo por influencia de su primera mujer, Hilda Gadea, y de un grupo de exiliados que conoció en Guatemala un año antes de encontrar a Fidel Castro.

intentó leer *El capital* y al poco tiempo lo tiró para no retomararlo. Sólo leía historia; le interesaban los hechos concretos y huía de las teorías abstractas. En sus inicios no gozó de la simpatía del Partido Comunista cubano, y la clase obrera no respondió a su pedido de huelga general el 9 de abril de 1958. Al frente de una columna guerrillera estaba Huber Matos, dueño de una plantación de arroz. No recibía dinero de Moscú y sí lo obtuvo –según Tad Szulc– de la CÍA, cuando Estados Unidos resolvió soltarle la mano al desprestigiado Batista y suspendió el envío de armas a Cuba.

En 1959, durante una gira por Estados Unidos, Fidel proclamaba: “Queremos establecer en Cuba una verdadera democracia sin ningún rastro de fascismo, peronismo o comunismo. Estamos contra cualquier forma de totalitarismo”. El mismo año decía en Montevideo: “Ni dictaduras de derecha ni dictadura de izquierda: una revolución humanista”.

Cualesquiera que fueran las influencias mutuas entre los tres dirigentes, con el tiempo los caminos se bifurcaron. Raúl

siguió siendo un comunista ortodoxo hasta la disolución de la Unión Soviética. Fidel se declaró comunista por razones meramente pragmáticas y no ideológicas. El Che permaneció por un tiempo demasiado largo fiel a la ortodoxia estalinista. En diciembre de 1953, en una carta a su tía Beatriz, se refería al “viejo y llorado camarada Stalin”. No se trataba sólo de cartas familiares; en una misiva política dirigida desde la Sierra al “llano” –así llamaban a la guerrilla urbana– con cuyos integrantes tenía desavenencias, escribió: “Pertenezco por mi preparación ideológica a los que creen que la solución de los problemas del mundo está detrás de la llamada cortina de hierro”. Ni siquiera estaba al tanto del debate desatado en la Unión Soviética a raíz del XX Congreso ni conocía las críticas de los disidentes. En 1956, cuando el periodista Carlos Franqui lo encontró leyendo *Fundamentos del leninismo* de Stalin, le preguntó si conocía el Informe Jruschov, la respuesta fue que se trataba de “propaganda imperialista”. En su primer viaje a la Unión Soviética debió ser disuadido cuando pretendió depositar una ofrenda floral en la tumba de Stalin. En sus artículos sobre economía escritos entre 1963 y 1964, que pasaban por ser su aporte más importante al marxismo, todavía citaba a Stalin, a quien consideraba un teórico a la altura de Marx y Lenin.

Un economista marxista serio como Charles Bettelheim le mostró sus errores económicos. Pero el Che trató de justificarlos con las propuestas utópicas de terminar con la “ley del valor”, subordinar las relaciones mercantiles y monetarias a la política y ésta, a su vez, a la moral comunista. Leer hoy esos debates sobre la ley del valor causa el mismo efecto que las discusiones teológicas sobre el sexo de los ángeles entre los clérigos medievales; se trataba de adecuarse a los textos sagrados más que a la realidad. El predominio de lo político sobre lo económico revelaba al pensamiento guevarista más cerca de Stalin que de Marx, y el predominio de la ética sobre la política

mostraba a un idealista moral más que a un revolucionario.

El drama de la revolución cubana residía en su aparición tardía en momentos en que el movimiento comunista mundial entraba en su ocaso. Para esos años ya habían acaecido acontecimientos trascendentales en el mundo comunista que no fueron tomados en cuenta por el Che: el levantamiento de los obreros en Berlín Oriental, las rebeliones húngara y polaca, el movimiento de los disidentes en Rusia. Su silencio sobre esos temas era sorprendente. Además, en su viaje inicial a Moscú, donde por primera vez en su vida entró en una fábrica, quedó encandilado por los supuestos avances técnicos. Se enteró demasiado tarde de que la industria rusa era ineficiente y obsoleta cuando Cuba padeció las deficiencias tanto de la maquinaria de mala calidad que le vendían como de los calamitosos planes de sus expertos.

Además, evidenció en ese viaje la ingenuidad típica de los turistas de izquierda; hablaba arrobado de “la enorme libertad individual [...], la enorme libertad de pensamiento” de que gozaban los rusos. Actitudes como ésta mostraban que su habitual aire de escepticismo irónico era una pose que ocultaba a un idiota político, calificación que no pretende ser un insulto sino la descripción objetiva de un determinado comportamiento.

El último Che, con sus críticas a la Unión Soviética, tenía razón por malas razones: no reclamaba más democratización política y racionalidad económica sino, por el contrario, denunciaba, en una posición similar a la de los maoístas chinos, la descentralización de la economía y su vuelco al mercado libre. No advertía que sus ataques a la burocracia contradecían su defensa de la planificación centralizada de la economía, que era precisamente la causa de la burocratización. En un momento en que todos los países comunistas intentaban una tímida y vacilante liberalización, él, contra la corriente, reclamaba el retorno a un comunismo “puro y duro”.

Indiferente a los datos objetivos de la realidad, el Che se oponía a la tendencia de los rusos hacia la coexistencia pacífica con el mundo capitalista, y se granjeó así el odio de todos los partidos comunistas tradicionales pero, al mismo tiempo, el amor de las juventudes rebeldes y de las utopías milenaristas de los años sesenta, semillero de los grupúsculos guerrilleros y terroristas de los años setenta que él no llegaría a conocer.

La teoría política personal del Che se centraba en el foco revolucionario: las condiciones objetivas no importaban; más aún, el foco guerrillero era el encargado de crearlas, sólo bastaba la voluntad de un grupo aguerrido para hacer la revolución. Esta teoría no era original, sino una derivación del viejo blanquismo (teoría de Auguste Blanqui que postulaba la revolución sin intervención de las masas, sino de una elite relativamente pequeña de hombres que, adiestrados en las armas, impondrían el socialismo mediante una dictadura) mezclado con Georges Sorel, tercermundismo campesinista y cierto toque del superhombre nietzscheano trasplantado al ambiente rural. Punto por punto, el guevarismo fue lo opuesto al pensamiento de Marx y del socialismo clásico: sustituía la autoemancipación por la vanguardia iluminada y el jefe carismático, la movilización de masas por el foco, la democracia social por la dictadura política, el partido por la guerrilla, la lucha de clases por la lucha entre naciones ricas y pobres, la clase trabajadora por el campesinado, las condiciones objetivas por el voluntarismo, el socialismo, sólo posible en las sociedades avanzadas, por el de los pueblos más pobres.

Para los tercermundistas, el guevarismo significaba la superación de la antigua victoriana del marxismo. Por el contrario, la derrota del guevarismo y de los movimientos populistas confirmó la certeza de la teoría de Marx: el socialismo, si es que alguna vez llegara a existir, sería el producto del más alto grado de desarrollo económico y no de la miseria rebelada.

## EL POLÍTICO Y EL AVENTURERO

La tarea del político es lenta, discreta y paciente, se realiza cada día y a través de los años, requiere esfuerzo, obstinación, perseverancia; además, necesita la capacidad de transigir, negociar, consensuar, saber replegarse, establecer alianzas. Fidel poseía esas cualidades; el Che, a la inversa, consideraba toda transigencia como traición al ideal revolucionario, encarnaba al sectario “izquierdista infantil” ridiculizado por Lenin, que negaba por principio todo acuerdo.

No soportaba las actividades opacas de la etapa constructiva de la revolución, necesitaba gestos vistosos y dramáticos, permanecer en el momento del estallido revolucionario que prometía cumplir de inmediato todas las expectativas, cambiar el mundo en un solo instante. Cuando la aventura de la revolución, pasada la euforia de los comienzos, se rutinizaba inevitablemente en tareas administrativas, en la paciencia del trabajo, el romántico Che se aburría. Además de los motivos políticos objetivos que lo llevaron a renunciar a sus cargos de funcionario y alejarse de Cuba –la debacle de su programa económico, la subordinación de Castro a la Unión Soviética–, hubo también una elección personal, subjetiva: la vuelta a la aventura más incierta. Fidel, como todo político, aspiraba a perdurar; el Che, como todo aventurero, elegía extinguirse en su momento más glorioso, consumarse en el acto absoluto de la lucha hasta la muerte.

La preferencia de la aventura a la militancia suele estar unida a la elección del idealismo moral sobre el realismo político o, según los términos de Max Weber, entre la ética de la convicción y la de la responsabilidad. Esta última es capaz de transgredir los propios principios cuando las consecuencias previsibles de éstos son indeseadas. Preocupado por la lealtad a sus principios y desinteresado de sus resultados adversos, el Che era un paradigma de la ética de la convicción. Sacrificaba toda eficacia política a los



ideales más puros, a los que no renunciaba aunque chocaran con la realidad. No quiso transformarse, como Fidel, en un político realista, pragmático, rayano en el cinismo. Esta intransigencia de los ideales ocultaba la búsqueda existencial del “ser uno mismo”, la construcción de su propia estatua.

El político debe hacer alianzas, desviarse, ensuciarse las manos; el Che, en cambio, quería mantener su aureola, permanecer puro e incorruptible, antes renunciar o morir que transar. Le repugnaba corromperse en impuras transacciones políticas, aunque no le temblaba la mano con el fusil, ajusticiando a sus propios allegados u ordenando cientos de ejecuciones en masa de sus adversarios. No quería ensuciarse las manos pero no le importaba mancharse de sangre: “Los guantes rojos son elegantes”.

No había ya lugar para él en Cuba por sus disidencias con Fidel, pero tampoco tenía un sitio en el mundo, después de haberse enfrentado con Estados Unidos y la Unión Soviética –perseguido a la vez por la CIA y por el KGB–, cuyos agentes se pasaban información sobre sus andanzas por el mundo. A pesar de ser sospechoso de maoísmo, tampoco encontró ningún apoyo en China porque seguía perteneciendo a un Estado prosoviético. En su último viaje a Pekín, Mao ni siquiera lo recibió, hasta tal punto se lo consideraba ya un hombre acabado.

El diario del viaje al Congo comienza diciendo: “Esta es la historia de un fracaso”. Además de no entender el habla de los guerrilleros congoleños y desconocer sus costumbres, incluyendo supersticiones que se volvían obstáculos para la guerra, su intolerancia puritana lo enemistó con ellos cuando se escapaban a un poblado próximo donde había prostíbulos y lugares de diversión. En su *Diario* consignaba que la retirada del Congo “era una simple fuga”, ya tenía conciencia de ser un perdedor:

¿Quién era yo ahora? Me daba la impresión de que después de mi carta de despedida a

Fidel, los compañeros empezaban a verme como un hombre de otras latitudes, como algo alejado de los problemas concretos de Cuba y no me animaba a exigir el sacrificio final de quedarnos. Pasé así las últimas horas solitario y perplejo.

Para colmo, debió dejar abandonados a algunos guerrilleros congoleños porque no cabían en la embarcación donde escapaban los cubanos y él mismo: “Un espectáculo doloroso, plañidero y sin gloria: no hubo un solo gesto de grandeza en esa retirada, no hubo un gesto de rebeldía”.

Su vergonzosa fuga del Congo inspiró una de las páginas más dramáticas de su *Diario*, cuyo último párrafo es una paráfrasis de una estrofa del soneto “Piedra negra sobre una piedra blanca”, de *Poemas humanos* de César Vallejo:

Durante estas últimas horas de permanencia en el Congo me sentí solo como nunca lo había estado, ni en Cuba ni en ninguna otra parte de mi peregrinar por el mundo. Podría decir: jamás como hoy he vuelto en todo mi camino a verme tan solo.

No le quedaba otra salida que crear su propio espacio, un rincón donde pudiera reinar solo como Kurtz de *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, transformado en una divinidad de fantasía en medio de la jungla salvaje, o como esos personajes desesperados de Klaus Kinski, en las películas de Werner Herzog, perdidos en las selvas amazónicas o los ríos americanos en persecución de una quimera. Desde el más desolado rincón de la tierra, él lucharía contra todos, aun intuyendo, con su sentido fatalista del destino, las raras posibilidades de triunfo.

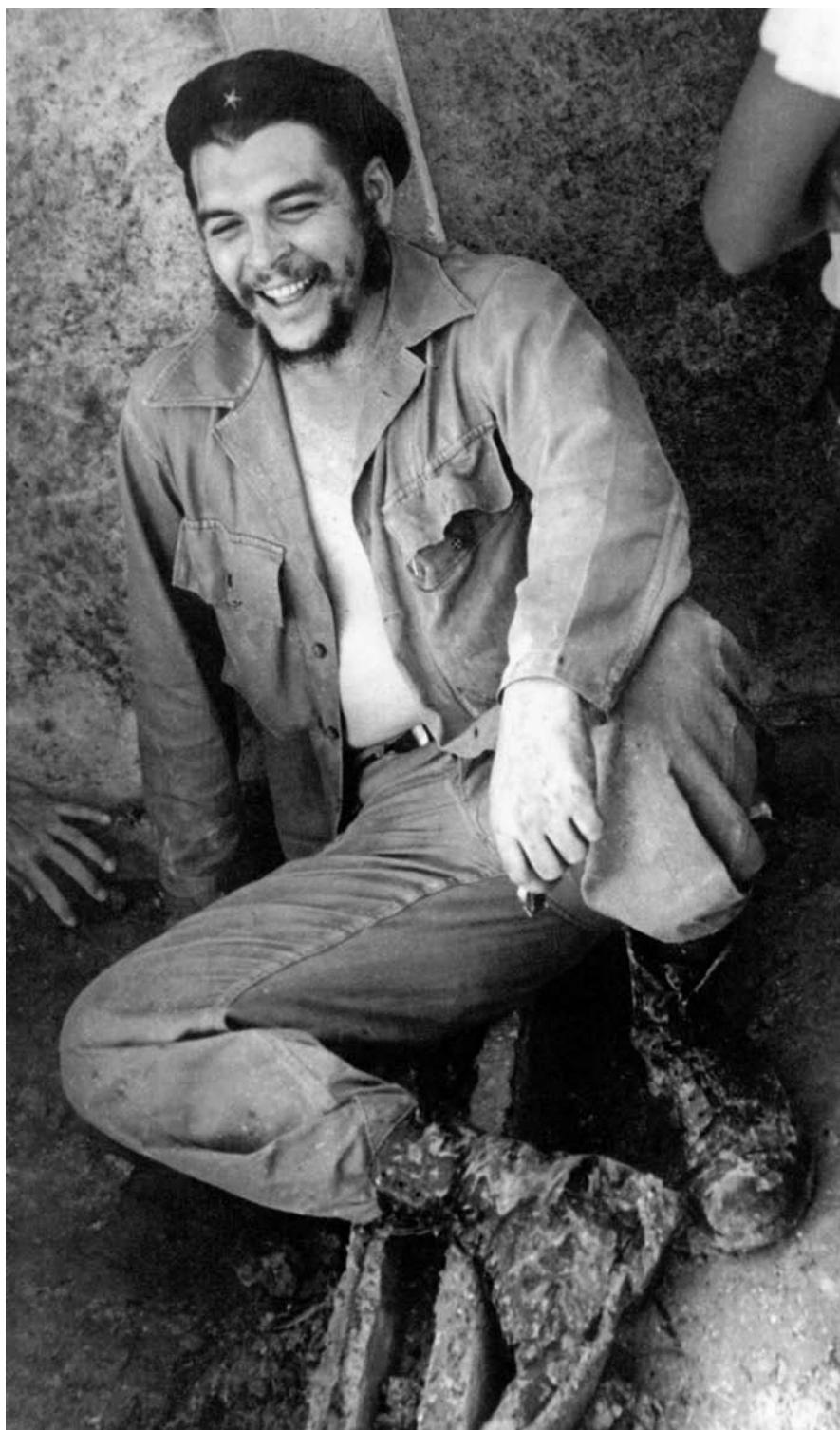
En un momento, entre el Congo y Bolivia, se quedó sin nada, sin ningún sitio, sin saber adonde ir, vagabundeando por el planeta, sin casa, sin su rostro propio para no ser reconocido, desaparecido para todos: el desarraigo se había vuelto absoluto.

Las características del aventurero romántico, las del idealista moral o la ética de la convicción determinaban, hasta cierto punto, la estrategia y las tácticas del guevarismo: la acción de masas era sustituida por el gesto ejemplificador del héroe. Los trabajadores y los campesinos, en cuyo nombre luchaba, no desempeñaban ningún papel en la guerrilla guevarista. Los hombres concretos, sus necesidades y deseos reales no le interesaban demasiado, sólo apasionado por la humanidad en abstracto. Ni siquiera se preocupaba por conocer cuáles eran las relaciones entre las clases sociales, el grado de desarrollo económico, las condiciones de vida de aquellos a quienes suponía liberar. Creyó encontrar apoyo en los campesinos congoleños prometiéndoles la tierra, cuando ésta sobraba en esas zonas; y confundió el modo de producción africano, más parecido al de la “comuna primitiva” que a las relaciones feudales contra las que creía estar luchando.

Parecía desconocer igualmente que en Bolivia, donde el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) había hecho la reforma agraria, los campesinos, lejos de aspirar a la colectivización, defendían su parcela de tierra propia. Además, el gobierno constitucional del presidente René Barrientos, de origen campesino, los había ayudado y contaba con su apoyo. Por añadidura, la zona que había elegido para iniciar la guerrilla estaba casi despoblada.

En el *Diario de Bolivia* admitía que las relaciones con los campesinos bolivianos eran de desconfianza mutua, cuando no de hostilidad; fueron finalmente ellos, a quienes creía estar liberando, sus delatores. Sólo había logrado reclutar a un agricultor boliviano y resultó ser un traidor.

Si existía alguna posibilidad, por lejana que fuera, de un apoyo de masas a la guerrilla, hubiera debido buscarla entre los mineros –así lo admitió el líder sindical Lechín ante Fidel–, pero los trabajadores sin-



En el *Diario de Bolivia* admitía que las relaciones con los campesinos bolivianos eran de desconfianza mutua, cuando no de hostilidad; fueron finalmente ellos, a quienes creía estar liberando, sus delatores. Sólo había logrado reclutar a un agricultor boliviano y resultó ser un traidor.

dicados no entraban en su esquema teórico, reducido al mundo rural y al pequeño grupo.

Más aún que el grupo de iluminados, pretendía liberar a la humanidad por el espectáculo de su propio y solitario sacrificio. La moral clásica de los grandes ejemplos estaba siempre presente en sus escritos:

En nuestra ambición de revolucionarios tratamos de caminar tan aprisa como sea posible, abriendo caminos [...] con nuestro ejemplo. [...] Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme [...] en actos que sirvan de ejemplo.

68

Pero las virtudes no se contagian con el ejemplo, la moral ejemplificadora sólo consigue crear en los otros un sentimiento paralizante de distancia con el modelo inalcanzable. El Che pretendía llevar a sus seguidores a un sacrificio inútil al proponerles la imitación imposible de la excepcional tarea para la que no estaban preparados. Elegía para su misión a adolescentes, porque según decía “Los jóvenes eran más locos, se arriesgaban más, no pensaban mucho”. El mismo, al fin, era un eterno adolescente.

La concepción heroica de la revolución desvelaba los graves errores de la teoría antimarxista del foco y la guerrilla cuando proclamaba que un pequeño grupo guerrillero podía ganar una guerra contra el ejército regular con independencia de las condiciones objetivas.

La teoría foquista, guevarista, optaba por el grupo selecto de la vanguardia de jefes autodesignados y encabezados por un líder carismático, cuya misión era provocar la revolución en nombre de las masas, pero sin las masas. Esta imagen del “salvador” se hizo más evidente en el Congo, donde, como le recriminara Nasser, cumplía el papel de Tarzán, el hombre blanco que va a salvar y a conducir a los negros.

Siguiendo su propia concepción de “la revolución exportable”, él mismo in-

tentó aplicarla en sus locas excursiones por el mundo, sin perder tiempo en averiguar si las circunstancias eran favorables. Descubrió tardíamente con su derrota que las condiciones económicas, políticas, sociales y culturales no podían desconocerse ni eran modificables por el solo hecho de proponérselo. Ni siquiera fue capaz de prever la imposibilidad de supervivencia en una zona con muy escasa población y sin contar con apoyo ni aun comunicación con las ciudades. Fuera del foco guerrillero, no creía en ningún sector social; más aún, los despreciaba a todos. Régis Debray, admirador desengañado y fugaz acompañante en la selva, refiriéndose a su actuación en Bolivia decía:

La política local le llamaba muy poco la atención. ¿Los comunistas bolivianos? Unos cobardes. ¿Los líderes de la izquierda nacional? Políticos miopes. ¿Los mineros del estaño? Una aristocracia obrera. [...] La propia Bolivia, una base de partida, un primer eslabón.

Fracasó en la República Dominicana, en Salta –José Ricardo Masetti era su vicario–, en el Congo y en Bolivia por desdeñar la situación, en todos estos casos, inadecuada. Además, también olvidó o no quiso ver la excepcionalidad del caso cubano, al que una combinación de factores únicos hacían irreplicable, y pretender imitarlo sólo podía llevar al desastre.

El talento militar del Che está desmentido por los hechos: todos sus intentos de guerrilla terminaron en la derrota. La victoria de Sierra Maestra fue obra de Fidel, que era un gran estratega. El único triunfo del Che fue la batalla de Santa Clara, que se redujo al asalto a un tren blindado, donde los soldados de Batista se entregaron sin luchar.

Los éxitos militares de la guerrilla cubana no fueron resultado de la escasa fuerza –casi inexistente– de los guerrilleros, sino de la débil voluntad de defensa del corrompido ejército de Batista. No se trataba todavía

de una revolución de izquierda, sino de la lucha contra una dictadura desacreditada, contaba con el apoyo de un amplio sector de la burguesía y de las clases medias cubanas, además de tener bases logísticas en México y Venezuela. Los otros gobiernos latinoamericanos la veían con simpatía, incluso Estados Unidos abandonaba al desprestigiado Batista. Esas condiciones favorables no existirían para las posteriores guerrillas. El Che se había dejado engañar por su propia ideología; el voluntarismo ciego lo condujo a la muerte y arrastró, entonces y después, a miles de jóvenes latinoamericanos que confiaron en su halo de sabiduría y omnipotencia.

#### EL CHE ECONOMISTA

La omnipotencia y la seguridad de que bastaba con proponerse un objetivo para lograrlo sin preocuparse demasiado por los medios lo llevaron a aceptar la presidencia del Banco Nacional sin tener ninguna experiencia y sin haber frecuentado demasiado instituciones de ese tipo. Cuando se enteró del nombramiento, su padre exclamó: “¿Mi hijo Ernesto manejando los fondos de la República de Cuba? Fidel está loco. Cada vez que un Guevara abre un negocio, quiebra”.

Rápidamente se puso a estudiar matemáticas superiores y economía por primera vez; es de suponer que se trataba de lecturas apresuradas en el escaso tiempo libre que le dejaba su cargo. Los vacíos teóricos los cubría con el *Manual de economía política* de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética.

Las ambiciones desmesuradas y la ineficiencia, sumadas a las teorías guevaristas sobre la centralización autoritaria y la abolición del mercado, llevaron a la endeble economía cubana al colapso, provocando el deterioro de las condiciones de vida de la población. Por considerar que el monocultivo favorecía al imperialismo, se abandonó la caña de azúcar, única producción con capacidad exportadora. La industrialización acelerada, por su parte, carecía de la tecnología y

de los insumos necesarios y no había divisas para importarlos; era el inevitable fracaso de todo modelo populista. Hacia finales de 1960 comenzó la falta de energía eléctrica, la escasez de alimentos y de productos esenciales y se impuso la libreta de racionamiento. La fiesta revolucionaria había durado tan sólo dos años.

El culto al sacrificio, al esfuerzo y la sustitución de los estímulos materiales por los “estímulos morales” –términos fetiche del discurso guevarista– no eran sino una cobertura para no pagar el trabajo de los domingos y días feriados, o aumentar indiscriminadamente las horas laborales; en fin, un revival del estajanovismo ruso de los más duros tiempos de Stalin. Además, el “trabajo voluntario”, como ya se había comprobado en la Unión Soviética y en China, era ineficiente y quitaba tiempo a técnicos y profesionales que podían ser útiles en otro tipo de tareas. La disconformidad que provocó el trabajo gratuito y el ritmo agotador que se exigía llevó inevitablemente a la disconformidad. El Che no encontró otra respuesta sino la represión y el terrorismo de Estado. El entusiasmo revolucionario fue efímero, y raros los hombres con predisposición al sacrificio heroico. Así apareció la cara autoritaria del Che, proponiendo el “terror planificado”. Creó en 1960 el primer campo de concentración en Guana-hacabibes destinado, según una terminología típica del estalinismo, a la “reeducación mediante el trabajo”.

El culto de la propia personalidad tenía su contrapartida en el desprecio por la individualidad de los demás. A los trabajadores cubanos los consideraba “dientes de una rueda” y a los guerrilleros, “abejas de un colmenar”. Los seres humanos por sí mismos no tenían valor: “Importa poco que el guerrillero individuo salga vivo o no”.

El trabajo agotador, los extensos horarios, la desaparición de feriados y vacaciones, aunque él diera el ejemplo, le granjeó el odio de todos los que trabajaban bajo sus órdenes. El idilio campesino de las leyendas

de izquierda tampoco era real; sólo conoció la hostilidad de los campesinos cubanos, africanos o bolivianos.

### RETRATO DEL CHE POR HEGEL

Guerrillero, arqueólogo, fotógrafo, médico, economista, planificador de industria, embajador itinerante, trabajador voluntario, poeta, cuentista, la megalomanía del Che no tenía límites, y en 1965, en tanto se preparaba para la aventura boliviana, decidió de la noche a la mañana hacerse filósofo; más aún, emprendió la ardua tarea de escribir un manual de filosofía, con escasos conocimientos de la materia. Siguiendo seguramente el consejo de Lenin –*Cuadernos filosóficos*–, resolvió comenzar por Hegel, aunque debió admitir en una carta a su mujer: “He luchado duramente con el maestro Hegel y en el primer round me dio dos caídas”.

*Fenomenología del espíritu* era uno de los libros que, según Paco Ignacio Taibo II, llevaba en su mochila en Bolivia; es dudoso que encontrara calma para leer una obra tan ardua en medio de las vicisitudes de la selva.

Pero hay otra relación indirecta, oblicua con Hegel que su apresurado lector nunca llegó a sospechar. El Che configura un tipo humano analizado por el filósofo bajo la figura de la “ley del corazón” inspirada, tal vez, por Byron. El hombre de la “ley del corazón” se apasiona por un ideal que sólo es valioso porque su corazón así lo ha dispuesto. Es el profeta que, desde lo alto de la montaña o en el desierto, desprecia a los hombres comunes porque no lo entienden o no son dignos de él e incluso acepta inmolar-se para servir de modelo al mundo. Tampoco intenta demasiado realizar su sueño, prefiere permanecer en la lucha porque si, por azar, éste se efectuara, se convertiría en un simple y común acontecimiento o en un orden tan corrupto como el que combatía. Por eso el hombre del corazón reanuda una y otra vez la lucha, a veces contra el mismo sistema que

contribuyó a formar. Sólo las causas perdidas importan a la ley del corazón, las causas triunfantes son “revoluciones traicionadas” que han profanado los principios. El hombre del corazón necesita un mundo hostil para luchar contra él, no soporta la realidad tal cual es, aun en el mundo revolucionado por él mismo. El hombre del corazón es el Che abandonando Cuba, cuyo curso no lo satisfacía, y empezando de nuevo en el Congo o en Bolivia, siempre insatisfecho.

Al enfrentarse al orden social, aun el predicado por él y contra los otros que intentan cambiarlo pero de manera distinta a la suya, el hombre del corazón cae en el delirio de presunción, cree ser mejor que todos. Aunque la realidad destroza permanentemente sus empresas, el corazón no admite su error y acusa a la misma realidad. La contradicción desgarrante del hombre del corazón es no poder concretar su ideal, él mismo lo reconoce, a veces, y tener que seguir viviendo en la sociedad que repudia. La utopía destinada a no cumplirse no se diferencia, al fin, del delirio, porque vive de una ilusión en constante desacuerdo con la realidad.

La impronta de la figura hegeliana estaba presente en el joven hegeliano Georg Lukács cuando elaboró la idea de la “visión trágica”, igualmente adecuada para comprender al Che. El hombre de la conciencia trágica quiere realizar valores absolutos y puros sabiendo que son irrealizables en un mundo relativo, contingente y corrompido. En esa lucha debe enfrentarse, ineludiblemente con el aniquilamiento, identificándose, de ese modo, con el místico. En ambos “su límite vital se funde siempre con la muerte”.

### LA MUERTE BELLA

El asma que lo sometía con frecuencia a crisis donde parecía estar a punto de expirar le dio desde pequeño la idea de ser “diferente”, fortificó su carácter para poder soportar las vicisitudes del cuerpo y lo familiarizó desde temprano con la idea de la muerte. La insistencia obsesiva en la muerte

trágica que lo acompañó durante toda su vida ya aparecía en un premonitorio poema juvenil de 1947:

Es mi destino: ¿hoy debo morir? / Morir sí  
pero acibillado por / las balas, destruido  
por las bayonetas, si no, no / un recuerdo  
más perdurable que mi nombre / es luchar,  
morir luchando.

Una temprana reflexión sobre el sentido de la muerte nació de haber visto, durante uno de sus primeros viajes, a un motociclista muerto en un accidente en el camino. Él también corredor de moto, con el riesgo de morir de la misma manera, anónimamente, no pudo dejar de identificarse con ese cadáver y pensar con melancolía que, cuando la muerte carece “de ese vago aspecto heroico que entraña la hazaña pública” no es sino “un vago fervor suicida”. Esa alternativa entre muerte heroica o suicidio le preocupaba; aspiraba a la primera pero se arriesgaba con actitudes que implicaban el peligro de la segunda.

Durante su primera experiencia política, que lo llevó a la cárcel en México, volvió a escribir sobre el sentido de la muerte. En una carta a sus padres de 1956 decía: “Desde ahora no consideraría mi muerte una frustración, apenas como Hikmet”. “Sólo llevaré a la tumba la pesadumbre de un canto inconcluso.”

El sacrificio heroico que busca la muerte en combate, transformándola en el acto de libertad suprema que dará sentido a la vida, pertenece a la ideología del aventurero romántico, a la moral de la convicción y a la conciencia trágica. La otra cara del héroe es el mártir y su fracaso ejemplar: la muerte bella. El mismo Che decía: “El partido que queremos construir será el partido del sacrificio”.

Sartre intuyó, en su visita a Cuba y en sus diálogos con el Che, esa vocación por la muerte joven: “La presencia de la muerte está en ellos; su existencia ha sido ya entre-

gada. No se la han arrebatado todavía pero siguen ofreciéndola. Su vida arde”.

El ministro de la Unión Soviética Anastás Mikoyán era un burócrata, pero conocía a los hombres y había calado al Che cuando en una conversación privada le reprochó su “disposición a morir bellamente”. Mikoyán, como buen político, no creía que esa actitud valiera la pena.

En 1962 el Che le confesó a Ciro Bustos acerca de la guerrilla que estaba preparando: “Aquí, la única certeza es la muerte”. Esa misma idea fija apareció en un diálogo con Nasser, donde además se deslizaba su desdén por la política meramente realista:

El momento decisivo en la vida de cada hombre es el momento cuando decide enfrentarse a la muerte. Si se enfrenta será un héroe, tenga éxito o no. Puede ser un buen o un mal político, pero si no la enfrenta, nunca será más que un político.

Nasser le respondió como un político: “¿Por qué hablar siempre de la muerte? Es usted un hombre joven. Si es necesario moriremos por la revolución, pero es preferible que vivamos para ella”.

En la carta a Carlos Quijano en *Marcha*, “El hombre y el socialismo en Cuba” (1965), volvía sobre el tema de la muerte: “Nuestra libertad y nuestro sostén cotidiano tienen color de sangre y están henchidos de sacrificio. [...] El revolucionario se consume en esta tarea ininterrumpida que no tiene más fin que la muerte”.

Su último mensaje a la Conferencia Tricontinental en abril de 1967 proclamaba: “Dondequiera que la muerte me sorprenda, bienvenida sea”.

Hacia la mitad de su aventura boliviana, sabía que sólo la muerte los esperaba: las dos columnas en que se había dividido la tropa no se pudieron encontrar más, estaban desprovistos de alimentos, agua y medicamentos, sin contactos con el exterior por el radiotransmisor roto, perdido todo apoyo de

la ciudad y con el ejército boliviano siguiéndoles los pasos. En lugar de tratar de salvar a sus seguidores y a sí mismo, siguió adelante, estaba claro que ya no buscaba la victoria de la guerrilla sino la propia inmolación.

Un discípulo desencantado, Régis Debray, reconocía en la última aventura del Che un suicidio:

Pronto se ofrecerá a la muerte, resignado, con su asma, sus insoportables dolores en la espalda, en la nuca y en el fondo del alma una bucólica serenidad.

No fue a Bolivia para vencer sino para perder. Así lo exigía su batalla espiritual contra el mundo y contra sí mismo. Ciertamente, no se mató pero se dejó morir. Tenía esa vocación. Entre un suicidio y un sacrificio, ¿qué Dios vería la diferencia?

La búsqueda consciente de la muerte en la aventura boliviana fue admitida por diversos autores. Carlos María Gutiérrez dijo:

Convencido de su soledad y falta de probabilidades, decide iniciar la guerrilla boliviana y sellarla con su segura inmolación. Dolores Moyano describe la guerrilla boliviana como “harakiri, sepuku”.

“No soy Cristo. [...] Soy todo lo contrario de Cristo”, había escrito a su madre, pero terminó su vida como un Cristo, transmutado en vedette de la muerte. El mito de Cristo se sustenta en la crucifixión, es el único dato concreto que registra la historia de Josefo, su vida pública no mereció la atención de los historiadores de su época. La breve existencia de Cristo no parece haber sido sino una preparación para el trágico fin. El cristianismo ve la salvación de la humanidad en la inmolación de Cristo. La liberación de los pueblos y el culto de la muerte del Che se acercaban mucho al sacrificio cristiano.

La idolatría por el Che no arraiga en su hora triunfal como ministro de La Ha-

vana, sino en el momento de su derrota en la selva boliviana. La imagen del Che muerto, asombrosamente similar a las tradicionales estampas de Cristo, inspiró la comparación con el Cristo crucificado y conmovió los orígenes cristianos de muchos guevaristas iberoamericanos.

La historia ha mostrado muchas veces que el martirio no es prueba alguna de verdad. Los falangistas en la guerra civil española y los nazis en la Segunda Guerra Mundial inmolaron su vida, como el Che, sin que la heroicidad en sí misma valorizara una causa equivocada. La concepción heroica de la vida y su complemento inevitable, el culto de la muerte, no es un rasgo socialista sino fascista, alude a la consigna nietzscheana de vivir peligrosamente adoptada por Mussolini. La permanente insistencia en la muerte, como si fuera ésta la que da un sentido a la vida, acercan al Che al “ser para la muerte” de Heidegger –aunque no lo había leído–, o más aún, al “viva la muerte” de los falangistas.

Si se quiere encontrar un personaje paradigmático de militante socialista, que perdió su vida y, no obstante, fue la contrapartida del héroe mártir, lo simétricamente opuesto al Che, es la figura de Rosa Luxemburgo. Incluso por su condición de mujer, su acción fue también una respuesta implícita al culto machista del coraje y de la fuerza viril, ostentados por el Che y por Fidel. Para Rosa Luxemburgo, los sacrificios exigidos por la militancia, incluido el riesgo de su propia vida, había que afrontarlos pero no buscarlos, porque no tenían un valor en sí, ni padecerlos dignificaba. Tan sólo eran una condición negativa de la vida militante, impuesta por la sociedad represiva y que obligaban a tomar todas las precauciones posibles.

El Che era un asceta, sólo se permitió un lujo, la literatura. Rosa Luxemburgo, como testimonian sus *Cartas de prisión*, fue, por el contrario, una hedonista: amaba no sólo la literatura y la filosofía, sino la música, la pintura, las plantas, los paisajes,

las puertas de sol, el silencio, la intimidad, el erotismo, el champán. Trataba de rodearse de cosas bellas, y hasta en la prisión decoraba su celda. En tanto el Che vivía en casas monacales y privaba a su mujer, Aleida March, de unas lámparas que había elegido, por considerarlas un lujo inútil; la casa casi sin muebles estaba lúgubrememente iluminada por una lamparita desnuda que colgaba del techo.

El goce hedonista de la vida no tiene por qué ser sacrificado a los valores heroicos. Los combatientes ascéticos –aunque su ideología fuera el materialismo– muestran su raíz cristiana cuando desprecian los placeres “materiales” oponiéndoles los valores “morales” o “espirituales” del honor, el deber, la heroicidad, el coraje, la disciplina, el servicio, el sacrificio.

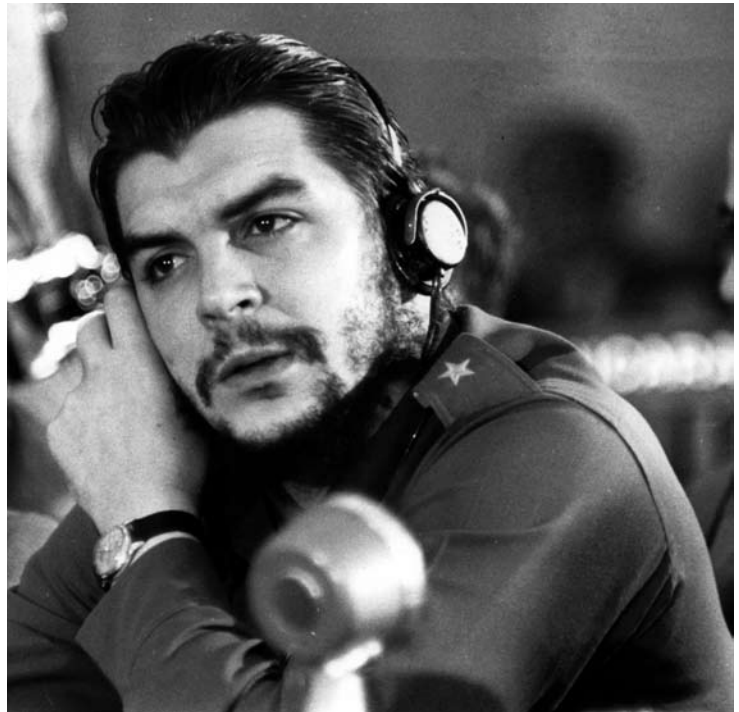
El modelo del hombre de izquierda, si éste existiera, sería opuesto al guevarista; no es la muerte la que da sentido a la vida sino, a la inversa, la vida es más importante que cualquier ideal; por noble que éste sea, no justifica el sacrificio de la vida de los demás y ni aun de la propia.

### INVENCION DEL MITO

Tanto Fidel como el Che advirtieron que había comenzado una nueva forma de hacer política debido al enorme incremento de los medios de comunicación.

Los combates de la guerrilla cubana, más que batallas, fueron escaramuzas, y más que escaramuzas, campañas de relaciones públicas internacionales de prensa. Las entrevistas de *The New York Times*, *Time*, *Life*, *Paris Match*, *Le Monde*, *Corriere della Sera* y un documental de la CBS habían hecho famosos a los guerrilleros en el mundo entero como los “Robin Hood de Sierra Maestra”.

La imagen, más que el texto escrito, es fundamental; todos los ídolos del siglo XX fueron muy cuidadosos con las fotografías: Fidel y el Che no lo fueron menos. Los uniformes militares, los fusiles y las boinas con estrellas, los cabellos largos despeinados

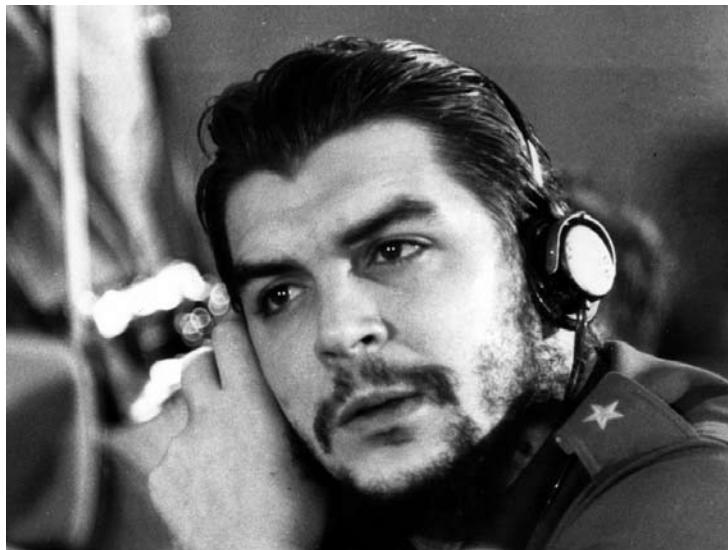


y la barba y el fondo de paisaje agreste eran ideales para ser fotografiados. “La presencia de un periodista extranjero, de preferencia estadounidense, tenía para nosotros más importancia que una victoria militar”, admitía el Che.

El gran salto a la popularidad mundial fue la entrevista para *The New York Times* de Herbert Matthews, un viejo corresponsal de la guerra civil española. Fidel se mostró allí como un talentoso *regisseur*, usaba el recurso de las películas de bajo presupuesto para dar la ilusión de que los

Tanto Fidel como el Che advirtieron que había comenzado una nueva forma de hacer política debido al enorme incremento de los medios de comunicación. “La presencia de un periodista extranjero, de preferencia estadounidense, tenía para nosotros más importancia que una victoria militar”, admitía el Che.





74

La mirada intensa se había vuelto “sobradora”, aspecto que acentuaba aún más el largo cigarrillo habano en la boca. Las poses provocativas le daban un aire de triunfador presuntuoso y algo fanfarrón.

dieciocho guerrilleros eran una multitud, los hacía desfilar ante el periodista, salían por un lado y volvían a entrar por otro, siempre los mismos. Falsos emisarios llevaban mensajes inexistentes y el periodista nunca sospechó que la extensa “zona liberada” se reducía al pequeño rancho donde estaban refugiados. Años después Matthews reconoció que había sido engañado por la habilidad de Fidel: “Sabía que necesitaba publicidad. Tuvo siempre ese sentido y ese talento. Aquella entrevista fue una de sus jugadas más brillantes. [...] Todo lo que Fidel debía hacer era “venderme” su personaje”.

La gran repercusión que tuvo el reportaje de *The New York Times* produjo una avalancha de periodistas y fotógrafos de Estados Unidos y de Europa, y el equipo de televisión de la Columbia estuvo dos meses filmando en Sierra Maestra.

El Che, igual que Evita de Perón, demostró cómo el prestigio y el poder creaban un carisma y hasta una belleza que originariamente no tenían. “No me impresionó de ningún modo especial la primera vez que lo vi”, decía su amigo Ricardo Rojo. Igualmente en Jorge Ricardo Masetti provocó la sensación de un tipo muy común: “Un muchacho argentino típico de la clase media. Y también me parecía una caricatura rejuvenecida de

Cantinflas”. Un joven cubano de origen modesto, Alberto Castellanos, que se adhirió a la guerrilla, recordaba su primer encuentro:

Me lo imaginaba un hombre alto, grandote, fuerte, macizo; estaba acostumbrado a oír hablar de los argentinos como cantores de tangos con bufandas, con la forma de hablar porteña, y pensaba que el Che tenía que ser así. Lo imaginaba como un artista de películas argentinas. Cuando lo vi no me causó ninguna impresión extraordinaria, más bien me defraudé, estaba flaco y era un hombre común y corriente como cualquiera de nosotros y, exclamé: “¡Ah, pero éste es el Che!”.

Parecida decepción se llevó el intelectual argentino Ismael Viñas cuando lo entrevistó en su despacho; lo observaba mientras se acercaba y como sentía estar ante un monumento, levantaba la vista, pero cuando estuvieron frente a frente tuvo que bajar la mirada porque el Che era de estatura normal.

¿Cómo se transformó esa persona común en una imagen que electrizaría a multitudes? Una fotografía fue la clave; la tomó imprevistamente el fotógrafo cubano Alberto Korda, comisionado por la revista *Revolución* para documentar la manifestación en la plaza de La Habana del 2 de marzo de 1960, en repudio al atentado contra un barco cargado de armas. En el palco oficial, el Che se asomó por un instante, con la boina y una campera de cuero, su larga cabellera y su mirada desafiante dirigida hacia la lejanía. El mismo Korda recordaba la escena:

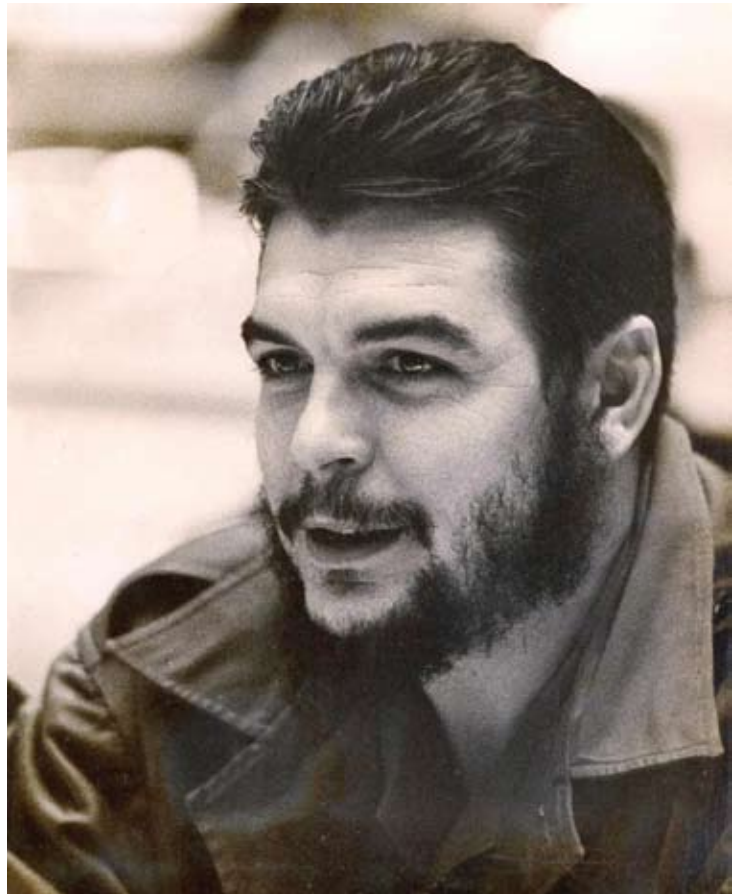
Tengo el ojo pegado al visor de mi vieja Leica. De pronto surge el Che al fondo de la tribuna, en un espacio vacío. Cuando apareció así con una expresión brava, en mi objetivo de 90 mm, casi me asusté, viendo la cara tan fiera que tenía. Yo apreté el obturador casi por reflejo. Inmediatamente repetí

la toma pero, como siempre, fue la primera la mejor. [...] Él se quedó apenas un instante, saqué esas dos únicas fotos.

Ese año fue también el de la consagración mundial del Che al aparecer su retrato en la tapa de *Time* del 8 de agosto. Cuando más tarde viajó a Estados Unidos, Robert Rockefeller, miembro del legendario clan, ofreció una fiesta en su honor que reunió a la crema de los *radical chics*.

Las fotografías del suizo Rene Burri lo captaron durante su gestión de funcionario, ahora con corbata y fondos de oficina pública. La mirada intensa se había vuelto “sobradora”, aspecto que acentuaba aún más el largo cigarro habano en la boca. Las poses provocativas le daban un aire de triunfador presuntuoso y algo fanfarrón; era otra faceta, aunque breve, de su personalidad.

Una fotografía cuyo autor desconozco lo mostraba lánguidamente recostado sobre una cama con el torso desnudo, un



Citado por Jorge Castañeda, *La vida en rojo. Una biografía del Che*, Espasa, Buenos Aires, 1997.

Citado por Jon Lee Anderson, *Che Guevara. A Revolutionary Life*, 1977 (hay traducción castellana: *Che, una vida revolucionaria*, Emecé, Buenos Aires, 1997).

Ernesto Guevara, *Notas de viaje, La Habana-Madrid*, ed. Abril Sodep, 1992.

Citado por Hilda Gadea, *Años decisivos*, Aguilar, México, 1972.

Jack London, “The Build FIRE”, del libro *Farther North*.

Jack Kerouac, *On the Road*, Viking Press, Nueva York, 1957 (hay trad. cast.: *En el camino*, Losada, Buenos Aires, 1975).

Pierre Kalfon, *Che, Ernesto Guevara, una leyenda de nuestro siglo*, Plaza y Janes, Barcelona, 1997.

Roger Stéphane, *Portrait de l'aventurier*, prefacio de Jean-Paul Sartre, Sagittaire, París, 1950.

Georg Simmel, *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos* (1911), Península, Barcelona, 1988.

Thomas Edward Lawrence, *Seven Pillars of Wisdom*, 1926 (existe una traducción castellana: *Los siete pilares de la sabiduría*, Sur, Buenos Aires, 1955).

Jean-Paul Sartre, *Carnets de la drôle de guerre*, Gallimard, París, 1983.

Ernesto Guevara, *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo*, Mondadori, Barcelona, 1999.

Thomas Edward Lawrence, *op. cit.*

Documento de la CIA del 13 de febrero de 1958, citado por Rogelio García Lupo en *Últimas noticias de Fidel Castro y el Che*, Vergara, Buenos Aires, 2007.

Pierre Kalfon, *op. cit.*

Ernesto Guevara, *Mi primer gran viaje*, Seix Barral, Buenos Aires, 1994.

Ernesto Guevara, *La guerra de guerrillas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985; *Obras Completas*, Casa de las Américas, La Habana, 1970.

Ernesto Guevara, *La guerra de guerrillas*, ed. cit.

Citado por Claudia Korol, *El Che y los argentinos*, Diógenes, Buenos Aires, 1989.

Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, Planeta, Buenos Aires, 1992.

Ernesto Guevara, *Obras Completas*, ed. cit.

Aleida March, *Evocación: Mi vida al lado del Che*, Espasa, Buenos Aires, 2008.

La difusión masiva de su rostro llegaría después de su muerte. Korda le había regalado su foto al editor italiano Giangiacomo Feltrinelli. Éste hizo imprimir pósters de los que vendió millones y estableció la efigie canónica que recorrió el mundo.

76

mate en la mano, los labios entreabiertos y una mirada soñadora. Parecía una imagen de esa voluptuosidad tropical que había fascinado a Serguéi Eisenstein en los bellos jóvenes de *¡Que viva México!*; pero era sólo una apariencia que ocultaba al verdadero Che, ascético y duro.

La difusión masiva de su rostro llegaría después de su muerte. Korda le había regalado su foto al editor italiano Giangiacomo Feltrinelli. Éste hizo imprimir pósters de los que vendió millones y estableció la efigie canónica que recorrió el mundo.

El Che estaba tan pendiente de su imagen mediática que, previendo el momento de su muerte trágica, se veía solo, abandonado en un paisaje desértico, pero su narcisismo absoluto y morboso le llevaba a imaginar la aparición de un fotógrafo que registraría su agonía para la tapa de la más popular revista norteamericana:

Si quedaba tendido en un monte o me recogían los otros no habría pañuelito de gasa; me descompondría entre las hierbas y tal vez saldría en el *Life* con una mirada agónica y desesperada fija en el instante de supremo miedo.

Fidel Castro, *Revolution cubaine*, vol. II, Maspero, París, 1968.  
 Óscar del Barco, «Carta a la intemperie», diciembre de 2004, y posterior polémica en *Sobre la responsabilidad*, Cíclope, Córdoba, 2007.  
 Ernesto Guevara, *Obras Completas*, ed. cit.  
 Ernesto Guevara Lynch, ... *Aquí va un soldado de América*, Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1987.  
 Paco Ignacio Taibo II, *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*, Planeta-Joaquín Moritz, México, 1996.  
 Ibidem.  
 Hilda Gadea, *op. cit.*  
*Time*, 8 de agosto de 1960.  
 Citado por Paco Ignacio Taibo II, *op. cit.*  
 Carlos Soria Galvarro, *El Che en Bolivia*, vol. IV: *Los otros diarios y papeles*, CEDOIN, La Paz, 1996.  
 Carta de Ernesto Guevara a Chinchina Ferreira, 5 de diciembre de 1951, citado por Jorge Castañeda, *op. cit.*  
 R. Dumont, *Socialisme ou développement*, Seuil, París, 1964.  
 Mohamed Hassenein Heikal, *Les documents du Caire*, Flammarion, París, 1972.

Citado por Herbert Matthews, *Fidel Castro*, Seuil, París, 1970.  
 Jorge Castañeda, *op. cit.*  
 Mohamed Hassenein Heikal, *op. cit.*  
 Tad Szulc, *Trente ans du pouvoir absolu*, Payot, París, 1987, citado por Pierre Kalfon, *op. cit.*  
 Citado por Herbert Matthews, *op. cit.*  
 Ernesto Guevara Lynch, *op. cit.*  
 Ernesto Guevara, *op. cit.*  
 Citado por Pierre Kalfon, *op. cit.*  
 Vladimir Lenin, «La enfermedad infantil del izquierdismo» (1920), *Obras escogidas*, tomo IV, Problemas, Buenos Aires, 1946.  
 Max Weber, La política como vocación, en *Escritos políticos II*, Folios, México, 1982.  
 Jean-Paul Sartre, *Les mains sales*, 1948 (hay trad. cast.: *Las manos sucias*, Losada, Buenos Aires, 1948).  
 Ernesto Guevara, *Obras Completas*, ed. cit.  
 Admitido por el Che a uno de sus seguidores, Jesús Parra, citado por Paco Ignacio Taibo II, *op. cit.*  
 Régis Debray, *Les Masques, une éducation amoureuse*, Gallimard, París, 1988.

Su premonición no estaba del todo errada. La última fotografía, esta vez macabra, agregaría otra faceta al mito, la del santo y mártir. La CIA y el ejército boliviano, para impedir el mito póstumo de la duda sobre la supervivencia del Che, lograron un efecto paradójico. En el momento en que fue encontrado era irreconocible; así lo registra su última foto en vida: la ropa mugrienta y rota, la barba enmarañada y larguísima cubriendo el rostro sucio y con una expresión desolada, estaba convertido en un mendigo. En las últimas páginas de su *Diario* admitía: “Yo soy una piltrafa humana”. Ésa no hubiera sido la imagen adecuada para los afiches del mito. Le sacaron la camisa hecha jirones y le dejaron el torso desnudo. Dos monjas alemanas lo lavaron, le recortaron el pelo y lo peinaron. Un cubano agente de la CIA, Félix Rodríguez, le sujetó los párpados hasta que los ojos quedaron semiabiertos por rigor mortis.

El resultado de esa producción

tuvo una consecuencia indeseada: cuando entraron los fotógrafos y camarógrafos del mundo entero, el cadáver estaba transformado en un bello muerto que despertaría la compasión y el amor de las multitudes. Especialmente una foto de Freddy Alborta enfocada desde los pies en una perspectiva similar a la del “Cristo muerto” de Mantegna contribuyó aún más a la amalgama del Che con Cristo. Un esbozo de sonrisa desdeñosa apartaban el rostro cadavérico del dulce Jesús; más cerca estaba de la impresión del historiador I. F. Stone: “Parecía un cruce entre un fauno y una postal de escuela dominical de Jesucristo”.

El propio Che, en sus delirios finales, tal vez soñaba con su deificación. En su mochila fue encontrado, escrito por su letra, un poema de León Felipe que dice: “Cristo te amó [...] tú me enseñaste que el hombre es Dios, / un pobre Dios crucificado como un hombre”. ❖

Ernesto Guevara, *Diario*, 30 de abril de 1963.

Ernesto Guevara, *Obras Completas*, ed. cit.

Ernesto Guevara, *Notas para el estudio de la revolución comunista*, 1960.

Aleida March, *Evocación*, ed. cit.

Paco Ignacio Taibo II, *Ernesto Guevara*, ed. cit.

Arpad Kadarkay, *Georg Lukács, vida, pensamiento y política* (1991), Edicions Alfons el Magnanim, Valencia, 1994.

Ernesto Guevara, *Obras Completas*, ed. cit.

Ibidem

David Rousse, *Une vie dans le siècle*, Plon, París, 1991.

Nazim Hikmet, 1902-1963, poeta turco cercano al comunismo.

Ernesto Guevara Lynch, *Mi hijo el Che*, Planeta, Barcelona, 1981.

Ernesto Guevara, *Obras Completas*, ed. Cit.

Jean-Paul Sartre, *Huracán sobre el azúcar*, Uno, Buenos Aires, 1960.

Ernesto Guevara, *Obras Completas*, ed. cit.

Ibidem

Ibidem

Régis Debray, *Les Masques, une éducation amoureuse*, ed. cit.

Entrevista a Régis Debray, *Corriere della Sera*.

Carlos María Gutiérrez, *Los hombres de la historia. Ernesto Che Guevara*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1970.

Dolores Moyano, «Murió Che Guevara», *El Diario*, La Paz, 10 de octubre de 1967.

Herbert Matthews, *op. cit.*

Ricardo Rojo, *Mi amigo el Che*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998.

Jorge Ricardo Masetti, *Los que luchan y los que lloran*, Freland, Buenos Aires, 1968.

Citado por Paco Ignacio Taibo II, *op. cit.*

*Ismael Viñas, testigo de un siglo*, documental de Diana Hunter y Eduardo Montes-Bradley.

Alberto Korda en *La Razón*, Buenos Aires, 10 de julio de 1986, citado por Piere Kalfon, *op. cit.*

Juan Ignacio Siles del Valle, *Los últimos días del Che*, Debate, Barcelona, 2001.